

¿Diálogo o ilusión? ¿Y cómo seguimos a partir de aquí? Respuesta a André Green *

Robert S. Wallerstein

Aprecio mucho la vehemente y extensa réplica de André Green a mi ponencia sobre el lugar que ocupa el pluralismo teórico actual dentro del psicoanálisis mundial, en el desarrollo histórico de nuestra disciplina, ya que me da la oportunidad de tratar de aclarar posibles malentendidos entre nosotros, y también de esbozar más ampliamente las visiones, básicamente distintas, de la naturaleza del psicoanálisis que subyacen en nuestras diferentes posturas sobre la actividad psicoanalítica. Esto explica mi sugerencia inicial de que se lo invitara a él, un amigo de larga data que siempre ha discrepado respetuosamente conmigo sobre estos temas –qué es lo que hacemos ambos con el título de “psicoanálisis”–, a escribir la réplica a mi ponencia.

Pero antes de ocuparme de nuestras diferencias más fundamentales sobre el psicoanálisis como disciplina, permítaseme responder a ciertas cuestiones específicas, de hecho o de opinión, que Green plantea en su texto, en el orden en que las presenta.

Comenzaré por referirme a la intención de mi primer discurso presidencial en el Congreso de la IPA realizado en Montreal en 1987, titulado “¿Un psicoanálisis o muchos?” (Wallerstein, 1988). Mi intención programática era llamar la atención de la comunidad psicoanalítica ante un importante problema científico que ésta enfrentaba: qué es lo que nos une como adherentes de una actividad psicoanalítica común, frente a la creciente diversidad de perspectivas teóricas, y qué es lo que nos diferencia de otros enfoques no psicoanalíticos sobre la índole del funcionamiento psíquico. No era

* Publicado en *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 86, págs. 633-38, 2005.
Traducido por Leandro Wolfson.

mi propósito consciente adoptar lo que Green denomina una “perspectiva política” –en un sentido positivo y no peyorativo–, pero tampoco lo desmiento. En verdad, era una enunciación muy similar a la que me venía de diversas fuentes en ese Congreso de Montreal, por lo general formulada como pregunta: “¿Bob quiso realmente expresar una idea científica, o fue más bien una maniobra política para tratar de alcanzar la unidad entre miembros de una comunidad psicoanalítica cada vez más dividida y fragmentada?”. Puedo aceptar que fue ambas cosas, y pienso que los dos objetivos se ensamblan muy bien.

En segundo lugar, Green cuestiona que yo ligue a Anna Freud y Heinz Hartmann en una causa común. Cualesquiera hayan sido las “incisivas críticas” que la primera formuló contra las teorías de Hartmann (críticas que Green no cita ni aclara), me bastará referirme a la contribución de Anna Freud al volumen de ensayos publicado en homenaje a Hartmann en ocasión de su 70º cumpleaños (Loewenstein et al., 1966). En el capítulo correspondiente hay una sección titulada “Algunas interrelaciones entre Hartmann y yo, en el pasado y en el presente”, donde dice, en un extenso fragmento, lo siguiente:

“Heinz Hartmann y yo ingresamos casi simultáneamente a la Sociedad Psicoanalítica de Viena hace unos cuarenta años; él era, desde un punto de vista analítico, algo así como mi hermano o hermanastro mayor, ya que en cierto sentido teníamos el mismo padre. También en el campo de la psicología del yo aparecimos casi al mismo tiempo, en la década del treinta; yo llegué a ese campo, de una manera más convencional, a partir de la actividad defensiva del yo contra las pulsiones; Hartmann, de una manera más revolucionaria, a partir de la nueva perspectiva de la autonomía del yo, que hasta entonces había permanecido fuera de los estudios analíticos” (1966, pág. 18).

Y luego de explayarse sobre la estrecha relación que los unía, Anna Freud continúa diciendo:

“Desde entonces seguimos adelante cada uno inmerso en su especialidad, respetándonos, citándonos mutuamente, pero sin que hubiera entre nosotros un intercambio activo. Tanto en su producción como en sus logros, Hartmann siempre me llevó la delantera. [...] Nuestras respectivas ideas confluyeron plenamente por vez primera en el simposio sobre ‘Las diferencias recíprocas en el

desarrollo del yo y del ello', llevado a cabo en el Congreso de Amsterdam de 1951, y desde entonces permanecieron firmemente unidas" (pág. 18).

En tercer término, en la oración siguiente Green afirma que “las teorías de Hartmann no sobrellevaron la prueba del tiempo”. Por cierto, fueron muy transformadas –como lo fueron las de nuestros principales pioneros, según sostuve en un artículo (Wallerstein, 2002a)–, pero es sin duda muy debatible decir que uniformemente no sobrellevaron la prueba del tiempo (afirmación que Green no documenta) y, por supuesto, fueron discutidas de diversas maneras desde distintas perspectivas teóricas. Como señalé en el artículo mencionado (2002a), los numerosos partidarios de la transformación moderna de la psicología del yo, ahora denominada “teoría del conflicto y la formación de compromiso”, que emprendió Charles Brenner, tendrían sin duda opiniones muy diferentes de la de Green.

En cuarto lugar, coincidido totalmente en que en mi ponencia yo no mencioné el intenso afecto, con frecuencia pendenciero y desagradable, que marcó gran parte de las disputas teóricas en psicoanálisis durante muchas décadas, y eso que fui testigo presencial de muchas de sus manifestaciones. Me enteré muy bien de lo que Green llama el “duelo sangriento entre Herbert Rosenfeld y Ralph Greenson”, ya que el propio Greenson me dio su versión, que puede diferir de la que llegó a oídos de Green o éste percibió. Y estuve presente en el Congreso de la IPA en Londres en 1975, donde se generaron intensos sentimientos similares en torno de las ponencias plenarias contrastantes de Green y de Leo Rangell. En cuanto a la prolongada tirantez entre Heinz Kohut y Otto Kernberg, en la que también fui involucrado, su esencia fue que Kernberg se sentía agraviado por la poca disposición de Kohut a debatir públicamente sus muy distintos enfoques sobre la formación del carácter narcisista, al par que Kohut me confió que sólo discutiría esas cuestiones con personas con las que tuviera amistad personal. De modo que no soy ajeno a las “guerras de los afectos”; simplemente pensé que referirme a ellas no esclarecería en nada el argumento de mi ponencia.

En quinto lugar, Green habla de la “extrema infrecuencia” de los intentos de encontrar paralelismos entre nuestros discursos clínicos y teóricos. Por supuesto, la fuerza de una argumentación intelectual no depende de su popularidad, y en mi ponencia describí lo que a mi juicio son señales elocuentes en la dirección que marqué, aunque

acepto que tales señales no están muy generalizadas. Y en otro artículo de la bibliografía (Wallerstein, 2002b) he dado cuenta mucho más cabalmente de esta tendencia a confluir.

En sexto término, con respecto a la desestimación concreta, por parte de Green, de los acercamientos producidos en la Sociedad Británica, “que no engañaron a nadie”, tomé desde luego la obra de Joseph Sandler como un ejemplo entre otros; y en este sentido quisiera mencionar su trabajo de 1976 sobre la “sensibilidad al rol” [*role responsiveness*], que llevó a que el concepto kleiniano de identificación proyectiva (no con ese nombre al principio, aunque sí más tarde) alcanzara general aceptación en el mundo psicoanalítico. En el volumen de trabajos escogidos de Sandler de 1987 hay muchos otros ejemplos. El lector juzgará por sí mismo si estas convergencias son genuinas o sólo un barniz engañoso.

Finalmente, en lo que concierne a la acusación de Green de que “el psicoanálisis francés ha sido denigrado en forma sistemática”, me declaro culpable, junto con tantos otros angloparlantes (entre ellos, por cierto, los estadounidenses) de que la barrera lingüística haya limitado mis lecturas de los psicoanalistas franceses a los que fueron traducidos al inglés, entre los cuales Green es un ejemplo conspicuo. Y por cierto que lamento esta limitación. No está en mis intenciones denigrar al psicoanálisis francés.

Estas son sólo algunas diferencias de comprensión o de perspectiva entre las posturas de Green y mía que he destacado. Hay entre nosotros otras diferencias más esenciales en cuanto a la índole del psicoanálisis como disciplina, y ahora me ocuparé de ellas, a fin de ilustrar mejor el marco organizativo de mi ponencia sobre el estado actual de nuestro pluralismo de metapsicologías y el rumbo que podría seguirse para resolverlo.

Según yo lo entiendo, André Green ve al psicoanálisis como una disciplina *sui generis*; en sus palabras “no es una ciencia ni una rama de la hermenéutica: es una práctica basada en el *pensamiento clínico*, que da origen a hipótesis teóricas”. No acepta que haya puntos de conexión ni siquiera con las disciplinas afines que se ocupan de la inteligencia o del pensamiento y la conducta humanos, ni aun con los hallazgos de una psicología evolutiva concebida psicoanalíticamente, que él rotula como mera psicología (conductual), disciplina importante en sí misma aunque desvinculada de las propuestas del psicoanálisis propiamente dicho e irrelevante para éste. Esto se puso extensa y abundantemente de manifiesto en su

debate de todo un día de duración con Daniel Stern (Sandler et al., 2000).

Mi postura en esto difiere, ya que creo que desde luego el psicoanálisis es una disciplina independiente, que tiene sus raíces en la exploración del funcionamiento de los procesos psíquicos inconscientes, pero que tiene puntos de conexión –y la oportunidad de realizar intercambios mutuamente enriquecedores– con toda una gama de disciplinas que estudian la conducta humana, desde la filosofía y la lingüística en un extremo del espectro, hasta la psicología cognitiva y las neurociencias modernas, en el otro. En este sentido, quiero aclarar que para mí el psicoanálisis no es lo mismo que la física contemporánea. Si recurrí al ejemplo de los actuales debates en esta última fue con un propósito diferente. La física fue (después de la astronomía) la primera ciencia moderna que se desarrolló, y es habitual tomarla como ejemplo de cómo debe actuar una ciencia. Mi argumento en este ejemplo es que la física, como ciencia paradigmática, no tolera dentro de un marco general estructuras teóricas incompatibles, y hoy está haciendo enormes esfuerzos por superar y trascender teorías parciales en apariencia inconciliables dentro de una perspectiva teórica más amplia y abarcadora. Tengo el convencimiento de que cualquier disciplina que pretenda alcanzar un estatus científico (volveré a ocuparme de esto más adelante) necesita tratar de hacer lo mismo, y no “celebrar” la diversidad de teorías incompatibles en su seno, como hacen una proporción significativa de psicoanalistas actuales.

Dada la concepción que tiene André Green sobre la naturaleza de la actividad psicoanalítica, ¿cómo propone tratar la diversidad de teorías rectoras que, según él mismo admite al igual que el resto de nosotros, existen en nuestras filas? Por supuesto, le preocupa la naturaleza de esta diversidad, a la que de hecho llama “caos teórico”, señalando las confusiones teóricas que pueden asediar a cualquiera que lea en forma sistemática, uno tras otro, los artículos que aparecen en *International Journal of Psychoanalysis*. Y en otro lugar se refiere a debates que “atestiguan un avanzado estado de desintegración del pensamiento psicoanalítico”. Al mismo tiempo, alude a un pluralismo inexistente, a un “pretendido pluralismo” y a un “seudopensamiento pluralista”. Trasunta, además, algunas de sus convicciones; por ejemplo: “A lo largo de mi experiencia psicoanalítica jamás escuché que tuviera lugar un diálogo productivo entre dos autores que adherían a teorías en pugna”; o bien: “Nada de lo que he leído

sobre este asunto me ha inculcado jamás la menor convicción de que estos diálogos tuviesen fundamentos serios”.

Estas afirmaciones se basarían en el convencimiento de Green de que existe un camino psicoanalítico verdadero, por oposición a otros presuntamente válidos pero necesariamente equivocados. Con respecto a los intercambios por Internet, sostiene que “proclaman concepciones a menudo incongruentes y rara vez convincentes o preocupadas por el *auténtico* pensamiento psicoanalítico”. Y en otro lugar dice que “cualquiera—incluso alguien que no sea psicoanalista—puede creerse autorizado a oponerse a las ideas de un autor que, en general, ha expuesto bien sus argumentos”.

Mi problema con todo esto es cómo se decide, o *quién* decide, cuándo un pensamiento psicoanalítico es *auténtico*, o cuándo un autor “ha expuesto bien sus argumentos”. Sobre esto, Green no tiene respuesta. Declara: “La reflexión sobre los postulados fundamentales de teorías divergentes no es el ejercicio predilecto de los psicoanalistas”, y aquí yo por cierto concordaría con él en que aun la reflexión más seria no contendrá por sí sola las respuestas buscadas, ya que, nuevamente, la pregunta es: ¿la reflexión *de quién*? ¿*Quién* decide? La historia del psicoanálisis está llena de casos de opiniones o formulaciones teóricas divergentes que procuraban explicar los mismos fenómenos, y que fueron resueltas, no por la obtención de datos o pruebas convincentes, sino por la autoridad o el prestigio del analista que las supo presentar mejor. Ante esta cuestión de cómo alcanzar una explicación superior a otra, el propio Green parece desesperarse. Afirma en forma tajante: “Sostengo que hasta ahora no existe ningún estudio serio del pensamiento freudiano realizado por psicoanalistas”.

Lo cual me lleva de vuelta a la pregunta inicial de cómo seguimos a partir de aquí, y cómo lo relacionamos con la esencia de mi presentación sobre el pluralismo teórico que hoy caracteriza al psicoanálisis en todo el mundo. ¿Qué pienso de su futuro inmediato? Sorprendentemente, mi tesis se inserta en una oración subrayada en la réplica de Green. Al referirse a las bases indispensables para un diálogo serio y para explorar las posibilidades de búsqueda de un terreno común, Green destaca:

“El único procedimiento válido es indicar de qué manera cierto material clínico consistente y basado en la exposición de una secuencia de sesiones y de un proceso psicoanalítico de suficiente

extensión puede demostrar el parentesco entre dos teorías distintas, que –recordémoslo– se fundan en diferentes técnicas e interpretaciones”.

Dejando de lado nuestras discrepancias en cuanto a los pasos necesarios de esta demostración (o determinación), yo digo que lo que Green está pidiendo aquí es exactamente lo que yo llamo “investigación empírica” –siempre y cuando, desde luego, esta investigación se lleve a cabo mediante métodos relevantes y, a la vez, sensibles a la sutileza y complejidad de los fenómenos que se estudian, y sean a la vez científicos en el mejor sentido de la palabra, o sea, fieles al principio de realidad, tal como encarna en los cánones correspondientes de la inferencia científica.

Digo que lo que anhela Green es, precisamente, lo que siempre quise significar yo cuando hablaba de la investigación empírica necesaria sobre la cual debe descansar la construcción gradual del conocimiento psicoanalítico, nada más y nada menos. Y esto, por supuesto, me lleva de nuevo al estatus del psicoanálisis como ciencia. Para Green, el psicoanálisis es un puente entre la naturaleza y la cultura, y “se alimenta de fuentes tanto naturales como culturales”. La naturaleza y las fuentes naturales son, justamente, el reino estudiado por la ciencia, y en la medida en que el psicoanálisis esté inserto en el mundo natural (si ampliamos aquí la idea de naturaleza para incluir no sólo los ámbitos físicos y biológicos, sino también los que abarcan la gama de las llamadas ciencias sociales y de la conducta), es un objeto adecuado para el estudio científico.

No todo el psicoanálisis es ciencia. En efecto, el psicoanálisis no se ocupa únicamente de los principios generales que rigen el funcionamiento psíquico, sino también de las formas idiosincrásicas, contextualizadas e historizadas, en que dicho funcionamiento se expresa en cada individuo. Es entonces, exactamente como dice Green, un puente entre la naturaleza y la cultura, y en la medida en que está dentro de la naturaleza, está o debería estar sujeto a los estudios empíricos sistemáticos que hoy florecen en todo el mundo. (Ver al respecto la encuesta mundial de estudios sobre terapia psicoanalítica publicada por Fonagy et al., 1999, 2002). Mi expectativa en cuanto a la evolución del psicoanálisis es que un creciente conjunto de procesos empíricos y de investigaciones sobre los resultados de las terapias psicoanalíticas harán crecer las pruebas sobre el terreno común, en la implementación técnica de lo que para

mí es nuestra teoría clínica compartida (ver Wallerstein, 1988, 1990), dando origen a una teoría clínica unificada de manera coherente y, por ende, a una teoría general (o metapsicología) del psicoanálisis cada vez más unitaria. Ya he citado algunas pruebas iniciales de esto, y me he ocupado del tema con más detalle en otro trabajo (Wallerstein, 2002b).

Dicho sea de paso, acepto que Green me incluya, junto con Otto Kernberg y Glen Gabbard, dentro de la “escuela de Topeka”, aunque a mi juicio el rasgo distintivo de ésta no es la práctica institucional, sino más bien la voluntad y deseo de los que allí se formaron de destacar el aspecto científico del psicoanálisis, y de promover el tipo de investigaciones psicoanalíticas conceptuales, clínicas y empíricas que son la base sobre la cual puede crecer una ciencia.

BIBLIOGRAFIA

- FONAGY, P., KÁCHELE, H., KRAUSE, R., JONES, E. Y PERRON, R. (1999) *An Open Door Review of Outcome Studies in Psychoanalysis*. Londres: University College.
- FREUD, A. (1966) “Links between Hartmann’s ego psychology and the child analyst’s thinking”. En R.M. Loewenstein, L. M. Newman, M. Sandler y A. J. Solnit (eds.), *Psychoanalysis: A general psychology. Essays in honor of Heinz Hartmann*. Nueva York: International Universities Press, págs. 16-27.
- KÁCHELE, H., KRAUSE, R., JONES, E., PERRON, R., CLARKIN, J. F. et al. (2002) *An Open Door Review of Outcome Studies in Psychoanalysis*. 2ª ed. rev., Londres: International Psychoanalytic Association.
- LOEWENSTEIN, R. M., NEWMAN, L. M., SCHUR, M. Y SOLNIT, A. J. (eds.) (1966) *Psychoanalysis: A general psychology: Essays in honor of Heinz Hartmann*. Nueva York: International Universities Press.
- SANDLER, J. (1976) “Countertransference and role responsiveness”. *Int. Rev. Psychoanal.*, 3: 43-7.
- (1987) *From Safety to Superego: Selected papers of Joseph Sandler*, Nueva York y Londres: Guilford Press.
- SANDLER, J., SANDLER, A. M. Y DAVIES, R. (2000) *Clinical and Observational Psychoanalytic Research: Roots of a controversy. André Green and Daniel Stern*. Londres y Nueva York: Karnac.

- WALLERSTEIN, R. S. (1988) "One psychoanalysis or many?" *Int. J. Psychoanal.*, 69: 5-21.
- (1990) "Psychoanalysis: The common ground". *Int. J. Psychoanal.*, 71: 3-20.
- (2002a) "The growth and transformation of American ego psychology". *J. Am. Psychoanal. Assoc.*, 50: 135-69.
- (2002b) "The trajectory of psychoanalysis: A prognostication". *Int. J. Psychoanal.*, 83: 1247-67.

Robert S. Wallerstein
290 Beach Road, Belvedere,
CA 94920, USA.

